

Tequila Coxis: una travesía literaria por la Ciudad de México

Fabio Jurado Valencia*



El director de la revista *Hojas Universitarias*, Isaías Peña Gutiérrez, con Eduardo García Aguilar y con Hernando Rivera, de Radio Francia Internacional, en París, 2005.

El protagonista de *Tequila Coxis*, de Eduardo García Aguilar, es, ante todo, un lector, un lector que vive del periodismo. Como lector busca los orígenes, porque no hay lector impertérrito frente al mundo, ese mundo que se hace y deshace a través de la experiencia de toda lectura. El lector, todo lector, quiere saber sobre sus propias raíces y de lo que le deparará el destino. La lectura, como acto que interpela, subvierte la imagen del pasado y empuja hacia la búsqueda y la penetración en el misterio, esto es, hacia el conocimiento.

El misterio, por ejemplo, de desandar los pasos de la progenitora y la consecuente inmersión en el espacio del caos, que desembocará en el conocimiento filial: una madre telúrica y un padre chamán-anarquista y uxoricida, como ocurre en *Tequila Coxis*. El misterio, por ejemplo, en el contacto con la cultura ajena, como la cultura de los antiguos mexicanos, todavía sobreviviente en la figura de las pirámides, en el templo mayor que sirve de base a la catedral de los católicos, en las danzas y en los rostros de los bailarines del zócalo, que desembocan

*Fabio JURADO VALENCIA. (1954). Doctor de la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor del Departamento de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia. Autor de varios libros de crítica y semiología y sobre diversos autores como Juan RULFO, entre otros. Este ensayo fue leído durante la presentación de *Tequila coxis* en el Convenio Andrés Bello en Bogotá, con el patrocinio de la embajada de México.

en el asombro pero también en el miedo frente al espacio polifacético de la gran urbe: Ciudad de México. Son misterios que desencadenan interrogaciones sobre nuestra mismidad y nuestro devenir.

Desde la Torre Latinoamericana, símbolo de la modernidad de Ciudad de México, pero paradójicamente símbolo de la decadencia después del terremoto de 1985, el narrador nos pone en contacto con los corredores y los andenes de la antigua ciudad, la pre-cortesiana, de 300 mil habitantes, sobre la cual está montada la nueva, de 20 millones de habitantes. La imagen que nos queda es la de que detrás, o debajo, de esta ciudad, la de las avenidas Reforma, Chapultepec e Insurgentes permanece la antigua, no tanto con su arquitectura, de la que quedan sólo ruinas, pero sí mucho con los rostros y con los comportamientos nostálgicos de sus habitantes, quienes presienten que algo han perdido aunque no se sepa qué.

México D.F., la ciudad contemporánea, parece ser una metáfora de la deformidad de la antigua ciudad, Tenochtitlan, la ciudad de colores amarillos y rojos, en contraste con la de ahora, cubierta con el color del hollín y del gris. La ciudad antigua, con una justicia apuntalada en las demandas imaginarias de los dioses y aquella, con una justicia sustentada en la ambición y en el empotramiento en el poder individual. La novela de García Aguilar nos ayuda entonces a reconstruir unos espacios y unos gestos culturales ya mencionados por Monsivais en sus crónicas, por Carlos Fuentes en su novela *La región más transparente*, y por esa magistral novela breve de José Emilio Pacheco: *Las batallas en el desierto*, en donde de nuevo la colonia Roma se nos representa como epicentro y testimonio de las «viejas casonas rodeadas de verjas y jardines, edificios de tres o cuatro pisos tipo art-déco o neoclásico, ruinosos palacetes que fueron propiedad de ministros o dignatarios[...]»; la colonia de las calles Puebla y Orizaba, de la Avenida Alvaro Obregón

y de la Plaza Río de Janeiro, la colonia del movimiento cultural en las décadas del sesenta y del setenta, la colonia que limita con la zona rosa.

El valor estético de una novela depende de la capacidad que ella tiene para sugerir simultáneamente lecturas diversas, interpretaciones que invocan correlatos culturales del pasado y que evalúan los saberes actuales de sus lectores, porque son saberes culturales lo que las novelas movilizan. En esto radica la perennidad y la posibilidad de conservar la audiencia de lectores de una novela: en poder descubrir en ella lo que encubre y en poner en la superficie de las interpretaciones las contradicciones humanas, representadas en la doble presencia del lenguaje literario.

Pues bien, en *Tequila Coxis* nos encontramos con el protagonista encerrado en uno de los pisos más altos de la Torre Latinoamericana, en horas de la noche, cuando los celadores ya están borrachos y no hay quien haga funcionar los ascensores desde el primer piso, ni quien escuche los gritos de quien vive el terror de estar atrapado en el piso 28 de un edificio de oficinas, de 44 pisos, cuando se acerca la madrugada. Vemos al personaje-narrador descendiendo piso por piso, a tientas, entre la oscuridad, buscando una salida, y devolverse después de haber bajado 20 pisos porque aparece una reja que le impide continuar; la alarma para los casos de incendio está dañada; revolotean los murciélagos; el frío aumenta y la sensación es la de «no tener patria ni ciudad ni arte ni profesión ni mundo».

Es, me parece, aquella escena de la torre latinoamericana, una imagen del descenso al Mictlan, el espacio de la muerte para los antiguos nahuas, ese lugar «de los sin cuerpo», como lo llamara el poeta Nezahualcoyotl, el inframundo en el que habrá de continuarse el destino ordenado por los dioses. Pero igualmente es el microcosmos de la gran ciudad, para quien no tiene una familia o un núcleo de amigos, sino tan sólo mujeres de un encuentro para dormir

en hoteles sórdidos de paso. Así, la sensación de encierro y de aislamiento en ese edificio como monstruo que vigila la ciudad es la misma sensación de encierro que viven los habitantes de una ciudad masificada, que asfixia y acosa y cuya única manera de enfrentarla es refugiándose en los rincones de los bares en donde con el tequila, cual elixir, pueden hombres y mujeres encontrar un equilibrio, reforzado por el erotismo, para luego continuar en el peregrinar callejero.

En una ciudad ancha, abierta y vertiginosa, el hombre está prisionero y vigilado por fuerzas omnipresentes a la manera de dioses desconocidos. Los cuartos de hotel, el piso 28 de la Torre Latinoamericana, la celda en la cárcel, el rincón del bar Ópera, la mansión de Porfirio Antúnez, la celda de la prisión de Santa Marta Acatitla, las calles controladas por los agentes judiciales, son los símbolos del encierro. La ciudad como una cárcel grande y la cárcel como la ciudad en miniatura es la escena recurrente en la historia que nos narra este protagonista, buscador del conocimiento fundamental.

Por momentos la ciudad parece animar a sus habitantes gratificándolos con los vientos que limpian la suciedad emanada por los gases de cuatro millones de autos y las ventosidades de los 20 millones de personas que la habitan.

Entonces de nuevo aparece la imagen milenaria de la región más transparente del México antiguo:

Hacía frío excepcional esa mañana de resaca, y el viento barría todo rastro de contaminación para dejar ver por primera vez en muchos años el valle de México con su nítido esplendor centenario. Desde las alturas de la Torre Latinoamericana los volcanes se observaban sin duda como los vieron aborígenes, conquistadores, criollos y obreros, burócratas y miserables a lo largo de los siglos. Era tal la vista de ese esplendor, que nadie podía creerlo. Hacia el lado norte estaban las montañas como si fuesen escenografías hiperrealistas y hacia el sur los cerros parecían volcanes extinguidos en eras remotas. El Cerro del Ajusco y todo alrededor del valle aparecía como en las telas de Velasco, tan verdadero, que se veían montañas devoradas, callejuelas de Nezahualcóyotl y otros barrios periféricos, con su polvo intacto, sus empedrados y casuchas alineadas por calles hacia un horizonte de claridad espectral. Fue tal el impacto de esa visión, que se convirtió en noticia y escribí algo sobre el milagroso retorno de los tiempos idos. Pero el precio por la visión era un frío terrible que calaba los huesos, como si hubiese quedado desamparada la ciudad ante un viento nórdico implacable, seco, cruel. (p. 62).



México D.F., la ciudad contemporánea, parece ser una metáfora de la deformidad de la antigua ciudad, Tenochtitlan, la ciudad de colores amarillos y rojos, en contraste con la de ahora, cubierta con el color del hollín y del gris.

Imágenes como ésta le permiten al narrador que nos habla en *Tequila Caxis* contrastar la euforia del pasado con las tinieblas del presente. Esas imágenes eufóricas son sólo provocaciones que obligan a quedarse a quien llega. Aunadas a las imágenes de una historia viva, a la vigencia del mito, a la circulación ágil de los libros, a la presencia genuina del arte y a la gastronomía, también milenaria y mestiza, estas imágenes configuran el universo de ambivalencias que son inherentes a la condición humana. La ciudad es deleznable pero seduce y somos seducidos por ella. Quizás porque, como le ocurre a este narrador, en la ciudad todos estamos solos y todos queremos ser solos, aunque estemos juntos.

Representar a México, de otro lado, es representar también a las figuras beligerantes de una historia que como ninguna otra ha podido enseñarnos la dignidad de un pueblo siempre acosado por el imperio; de allí las referencias a don Benito Juárez, Francisco Madero, Pancho Villa y Emiliano Zapata, a los escritores que han sabido llamar la atención en el mundo sobre la singularidad de la cultura latinoamericana: Sor Juana Inés de la Cruz, Alfonso Reyes, Amado Nervo, José Vasconcelos, Carlos Fuentes y Juan Rulfo; de este último, y a la manera de la frase lapidaria «No oyes ladrar los perros», como un eco que la novela de Eduardo García Aguilar nos hace sentir para reivindicar al mejor narrador de México.

Una mujer colombiana y un hombre mexicano tienen un hijo; la mujer colombiana delega en su familia el cuidado del hijo y viaja a disfrutar del mundo; aquel hombre mexicano sigue amándola; ella se enamora de otros; él decide matarla, abandonar el oficio de guionista de cine, fundar una cofradía prehispánica en honor a la diosa Coatlicue y entregarse al abandono y al alcohol; el hijo, ya adulto, busca a la madre; presencia la muerte natural del padre en una cantina y descubre el homicidio de la madre en manos de su propio padre. La actividad sexual le ayuda a aminorar los miedos de este mundo. Los tacos mexicanos, de «buche, nana, trompa, surtido, maciza, costilla, suadero, birria, longaniza, sesos, lengua, cachete y molleja» le llenan el vacío del estómago y del espíritu. El tequila *Herradura* y el *Siete leguas* le ayudan a avizorar el futuro.

Esta es la fábula de *Tequila Caxis*, de Eduardo García Aguilar, escritor colombiano nacido en Manizales en el año 1953 y autor de una veintena de libros, algunos de ellos traducidos al inglés y al francés. *Tequila Caxis* es la primera novela de un escritor colombiano sobre Ciudad de México. Enhorabuena para una novela que toma distancia de la narrativa del sicariato y que le apuesta a una literatura más auténtica y genuina, que le rinde tributo a un país que como México ha acompañado a los escritores y artistas de Colombia, ya en las buenas, ya en las malas. **BU**